

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 26 Agosto de 1893

Núm. 65



UN BEBEDOR.—CUADRO DE ROMÁN RIBERA

## SUMARIO

**Texto.**— Crónica, por B. — Los amigos del muerto, por EDUARDO DE PALACIO. — El amanecer (poesía), por VIRGILIO COLCHERO. — El que malas mañas ha..., por J. FEDERICO MUNTADAS. — VIAJE Á LAS BALEARES: Mallorca (continuación), por M. GASTÓN VUILLIER, traducido del francés por C. V. DE V. — Nuestros grabados — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

**Grabados.**— Un bebedor, cuadro de Román Ribera. — En el *boudoir*, cuadro del mismo artista. — En el *foyer*, cuadro del mismo artista. — VIAJE Á LAS BALEARES: Cartuja de Valldemosa. — El ermitaño de Miramar. — La costa del Norte.



## Crónica

RETASÓSE la apertura del Canal de Corinto, que se inauguró el 5 de Agosto. De una á otra orilla del canal se habían tendido dos lujosas cintas de seda, que la reina de Grecia cortó con unas tijeras de oro. Estas tijeras fueron presentadas á S. M. por el presidente del Consejo de Administración del Canal. Por aquel medio gráfico se significó que quedaba cortado el istmo y que por él podían atravesar los barcos de todas las naciones. Ya dijimos las ventajas que dicha vía producirá á la navegación. Cantóse un *Te Deum* y el rey de los helenos pronunció un elocuente discurso en el cual trazó la historia de la empresa. La Familia Real se embarcó en el buque *Sphaacteria*, que fué el primero en penetrar en el canal en medio de los entusiastas aplausos de la multitud agolpada en sus dos orillas. Venían en seguida la escuadrilla de torpederos mandada por el príncipe Jorge, un buque de guerra ruso, cuatro embarcaciones inglesas, los vapores en que iban los ministros y el cuerpo diplomático, y, por fin, los barcos que conducían á los demás convidados. El paso se efectuó con la mayor felicidad, lo mismo á la ida que á la vuelta. Por todas partes se veían banderas de las distintas naciones del mundo.

\* \* \*

Trazas llevan de triunfar en la República Argentina los radicales acaudillados por el doctor Alem. El presidente Sáenz Peña y su gobierno se resisten todavía sin querer entregar el poder, pero los insurrectos han vencido en diversos puntos y hace pocos días entraron los radicales en la importante población de la Plata. Las últimas noticias pintaban la situación con colorido más optimista. Los periódicos ingleses se lamentan de que los argentinos, siguiendo la costumbre de todos los pueblos de la América Meridional, cuando tienen una lucha política, en vez de resolverla por medio de las elecciones ordinarias ó de los plebiscitos, lo verifiquen á la fuerza, á tiros, haciendo al fusil árbitro de la cuestión que les tiene divididos. Los ingleses se engañaron con los pueblos sud-americanos. Creyeron que iban á entrar en una nueva vía adoptando

las costumbres políticas que en lo general predominan en Europa, y ante esta confianza les prestaron sus capitales cubriendo los empréstitos que la Argentina, Chile, Brasil y otros Estados levantaron. Las pasiones que dominan en aquellas latitudes estuvieron ocultas por tiempo más ó menos largo, pero luego volvieron á aparecer, y adiós orden, adiós gobierno, adiós administración. El deseo de recobrar su dinero les hace ser optimistas en muchas ocasiones á los ingleses, y de ahí que ahora algunos periódicos indiquen que acaso el doctor Alem sea el restaurador de la República Argentina. ¡Ojalá fuese así! mas lo probable es que si llega al poder siga todo aquello aproximadamente de la misma manera como ha marchado desde muchísimos años.

\* \* \*

Es ya costumbre muy extendida en Europa que los matrimonios celebren las llamadas bodas de plata á los cuarenta años de casados, las de oro á los cincuenta y las de diamante á los sesenta. ¿Qué metal ó qué piedra preciosa podría emplearse para calificar la fiesta dada en honor de dos ancianos que por espacio de un siglo cabal han compartido los goces y los sinsabores de la vida conyugal? De este hecho, que parece inverosímil, ha hablado la prensa extranjera porque ha pasado en Zsomboly, condado de Torondal, en Hungría. Consta en documentos oficiales, de innegable autenticidad, que en Mayo de 1793, durante el período del Terror en Francia, Juan Szatmany se unió en matrimonio con su actual esposa, lo cual indica para cada uno de ellos la edad mínima de ciento quince á ciento veinte años. Los ancianos de Zsomboly los conocieron cuando eran ya viejos, á pesar de lo cual subvénian con el trabajo de sus manos á todas sus necesidades. Al fin, empero, se agotaron sus fuerzas, y como se encontraban sin familia, hubieran perecido en la miseria, si la corporación municipal no les hubiese señalado una pensión bastante para su subsistencia. Á mayor abundamiento, desde la celebración de sus seculares bodas llueven sobre los pobrecillos ancianos los donativos que en dinero y en especie les envían las corporaciones y las personas notables de Hungría. Ir á ver los esposos Szatmany constituye una especie de peregrinación para cuantos pasan por las inmediaciones de la aldea en donde habitan.

\* \* \*

Entre socialistas y anarquistas se ha armado la gorda en el Congreso convocado por los primeros en Zürich. Los anarquistas fueron arrojados de la sala, moviéndose un alboroto infernal. Acerca de este suceso, hace un periódico republicano de Ginebra las siguientes oportunas consideraciones:

«El Congreso socialista de Zürich, que no dispone más que de seis días para rehacer el mundo á imagen suya, ha invertido dos en contender á palabras en la sala y á palos en el vestíbulo de ella. Esto es, por lo demás, el prólogo habitual de todas estas reuniones: por lo regular principian por una depuración. Los anarquistas, para quienes los socialistas legalitarios representan á poca diferencia lo mismo que la Cámara de los lores á los ojos de un radical inglés, no dejan nunca de convocarse ellos mismos á esas reuniones internacionales á que no se les invita; no se deja nunca tampoco de ponerles á la puerta después de una discusión más ó menos larga, según domina en la reunión el elemento alemán ó el elemento latino. Aquí el primero es mucho más fuerte que el segundo, y gracias á las Trades-Unions y á los socialistas alemanes, la ejecu-

ción se practica más pronto que de costumbre. M. Bebel ha hecho jugar la «guillotina» gladstoniana sobre los discursos importunos, y se ha expulsado á los anarquistas en medio de sus indignadas protestas.

»¿De qué se quejan? ¿No es lo que ellos harían con sus adversarios si fuesen más fuertes?

»En cuanto á la primera sesión, la del domingo, se perdió toda ella, gracias á una ridícula contienda entre los hombres de la sala y los del estrado; los primeros no querían permitir á los segundos hablar desde su elevada posición, diciendo que esto constituía un privilegio odioso. Tomando así las cosas, los hombres de seis pies de alto no deberían poder hablar más que de rodillas. ¡Y decir que es el primer eslabón de la cadena de los abusos que, grandes y pequeños, deben reformarse! Esto promete ser largo.»

\* \* \*

Al freir será el reir, indicábamos en la anterior Crónica refiriéndonos al planteamiento de los presupuestos y de las reformas votadas por nuestros Cuerpos Colegisladores. La ocasión ya ha llegado casi, y por causa de los cambios en las capitales militares hemos tenido días de agitación en distintos puntos del Reino, entre ellos Vitoria, Burgos y Pamplona. La cosa en Vitoria subió á mayores, hubo asonada seria, y al saberse que iba á pasar en el tren, camino de San Sebastián, el ministro de la Guerra, general López Domínguez, una multitud con aspecto nada tranquilizador se fué á la estación, y mal lo hubiera pasado aquel general si las tropas no hubiesen acudido al expresado sitio, conteniendo al pueblo, no sin que hubiera de darse alguna carga y que resultase algún herido. Por fortuna la tranquilidad material se restableció pronto, mas sin que los vitorianos se resignen á perder la Capitania general, que indudablemente da importancia á aquella lindísima ciudad.

B.

## Los amigos del muerto



**E**RA un hombre honrado.  
 —Un caballero cumplido.  
 —Y un sabio.  
 —Una eminencia.  
 —Y un padre modelo.  
 —Parece imposible que haya muerto en la miseria.  
 —Porque ha ganado mucho dinero en su vida.  
 —Era un tanto desordenado.  
 —Sí, algo manirroto.

—A mí me pidió, en cierta ocasión, doscientas pesetas, pretextando que se las debía al casero.

—¿Y no se las devolvería á usted?

—No.

—Lo creo.

—No me las devolvió, porque no se las dí.

—¡Ya!

—Pues conmigo se corrió, me envió una cartita con un *sablaço* de cien duros.

—¿Y qué?

—Nada; quedó lo mismo que con usted.

—No se los devolvió.

—No, porque tampoco se los dí.

—¡Ah!

—Yo declaro con lealtad que le negué cinco pesos una noche. Me vino también con historias de la manutención de la familia.

—¡Qué lástima de hombre!

—Y que no podía quejarse de su suerte; porque él era un escritor que tenía nombre y le pagaban bien sus trabajos, relativamente.

—¡Vaya! Aquella obra de jurisprudencia que escribió...

—Se la pagaron á duro el pliego; ¡digo! ¡tendrá sesenta pliegos!

—Deja una pobre viuda...

—¿Pues cuántas había de dejar?

—Una viuda y tres hijos menores, iba á decir.

—¿Menores que la viuda?

—No es esta ocasión de *chirigotas*, señor de Molinillo.

—Es necesario acudir á esa viuda de nuestro amigo, á esos niños de nuestro amigo, honrar la memoria de nuestro amigo.

—Ya hemos costado el entierro, que me parece que ha sido digno de un cadáver.

—Es preciso abrir una suscripción pública.

—Que sea nominal.

—Usted cree que está siempre en el Congreso: será secreta, pero publicando los nombres y apellidos de los suscriptores.

—Eso es más decoroso.

—Lo primero es visitar á la viuda; yo me encargo de esa penosa misión.

—Hay que nombrar una comisión que se acerque al ministro.

—¿A cuál?

—A uno de ellos, á cualquiera; ó al presidente.

—¿Para acercarse?

—Para que coloque á los chicos.

—Pero, hombre, si uno de ellos es de pecho, otro tiene dos años, y el otro, digo, la otra, es una niña de seis.

—Pues que les señale pensiones vitalicias, y con el importe de la sucripción, procurar una renta á la viuda, para evitar las consecuencias funestas de la miseria.

En el círculo se trató formalmente del asunto.

Hubo señores que dijeron «no.»

Pero en cuanto se supo que se publicarían las listas de suscriptores, fué aprobada por unanimidad la proposición.

Efectivamente, en algunos periódicos de los de mayor circulación, apareció la primera lista (y luego, las demás).

La encabezaba don Gundemaro Pérez de la Nada, con quinientas pesetas, y estas sentidas frases:

«Pobre óbolo de su amigo del alma (Q. E. P. D.).»

Lo cual, aparte de la barbaridad, era un sarcasmo horrible y cinico.

Porque don Gundemaro era el mismo que le había negado, en vida, trescientas pesetas.

«Don Laurencio Boliche, mil pesetas.»

(El que le negó las quinientas).

«Mario Tornasol, cien pesetas.»

(El de las veinticinco).

«Un amigo que quiere ocultar su nombre (que es Dionisio Calcetín)... cincuenta pesetas (y cincuenta céntimos, para que jueguen los niños del inolvidable amigo).

«Norberto Riñones, director de la Caja de hipotecas (léase «casa de préstamos») de la calle de... número... tres pesetas.»

«¡Hombre laborioso! ¡Amigo pundonoroso!... Herógenes Pacotilla... dos pesetas.»

Y así sucesivamente.

La suscripción se cerró con *superavit*, según la frase feliz, aunque involuntaria, de un portero del ministerio de Hacienda, también complicado en la caridad, en veinticinco céntimos.

Por otra parte, la comisión espontánea, propuesta y elegida por sí misma, menudeaba sus visitas á la viuda.

Particularmente el que presidía la comisión.

Y un día llevaba un ramo de flores á la mencionada señora, y otro día algunos juguetes á los niños.

—Usted, por supuesto, se atrevió á decir una vez el presidente de la comisión de visitas, ó sea el visitador particular, no permanecerá viuda mucho tiempo.

—¿Por qué dice usted eso? preguntó, entre conmovida é indignada, la virtuosa señora.

—Porque siendo tan joven, tan hermosa, tan inteligente, tan sensible, no ha de faltar quién se ofrezca para reemplazar, legítimamente, á su querido esposo y mi inolvidable amigo, para servirla de amparo en su viudez, para servir de padre interino á esos angelitos, para velar por todos.

La desgraciada viuda no podía contener el llanto y el enojo.

Pretextando que no se sentía bien de salud, despidió al buen amigo de su esposo.

La suscripción dió buen resultado.

Se formó una comisión para socorrer á la familia del finado, y colocar aquel capital donde produjera una renta á la viuda y á los niños.

Otra comisión, para que «se acercara» al presidente del Consejo.

Otra, para que se encargara de vestir á la viuda y á los hijos del infortunado amigo.

Es decir, para que se encargara y pagase los lutos á la familia del finado.

Cuando, «á pesar de tantas comisiones,» la infeliz señora y sus niños empezaron á vivir con cierta holgura, á que no estaban acostumbrados, descontando al pequeño que de nada se enteró, la cariñosa madre pensó en educar á sus hijos dignamente.

Transcurrieron los años, y los muchachos adelantaron en sus estudios.

Su pobre madre les refería las privaciones que en vida de su infortunado padre habían sufrido todos, á pesar de su honradez y de su laboriosidad.

Después les decía cómo la generosidad de algunos amigos de su padre les había librado de la miseria.

—¿De suerte, preguntaba el más pequeño, que papá no nos compraba botas, ni ropa, ni nos daba de comer?

—¡Calla! ¡calla! replicó la madre con gravedad, tú entonces estabas mamando; pero tu pobrecito padre hacía cuánto podía por nosotros.

—Ya.

—No podía más... Éramos pobres.

—Y ahora tenemos de todo, y vamos al teatro y...

—¡Pero cuán caro es este bienestar, adquirido á costa de su vida!

—¿Sabes lo que digo, mamá? observó el pequeñito, con ese ingenuo candor de la infancia, tan cruel á las veces.

—¿Qué?

—Que si resucitara papá, nos reventaba.

Esta es la moraleja de la caridad á *fortiori*.

Hasta pensaron los amigos, en el paroxismo de su dolor y de su admiración, invertir el importe de la suscripción, en una estatua en mármol de Carraca, según uno de ellos,

para colocarla en el patio de la casa de la cual le había echado el casero.

Afortunadamente, no prevaleció el pensamiento.

Si prevalece, ¡qué honor para la familia!

¿Qué hubiera dicho entonces el chiquitín?

EDUARDO DE PALACIO.

## El amanecer

EL alba sonríe,  
la vida ya vuelve;  
sin luz y sin brillo  
la luna parece  
de blancos vapores  
jirón transparente;  
y nubes rosadas  
estrechas se extienden  
y el cielo azul tiñen  
de púrpura y nieve.

Allá en los confines  
visibles de oriente,  
como ascua gigante,  
el sol resplandece;  
y la flor humilde,  
que entre hierba crece,  
se abre al tibio beso  
de su rayo ardiente.

Por fresnos sombreada  
el aire humedece  
y esparce frescura  
purísima fuente,  
y en hilo flexible  
al valle descendiendo  
oculta entre sauces  
y juncales verdes:  
en el valle, luego,  
murmura unas veces,  
entrabas orillas  
de hierba embellece  
y en manso silencio  
camina sonriente;  
y otras, espadañas  
y carrizos mece,  
saltando entre riscos  
con torva corriente.

Preside la iglesia  
de viejas paredes,  
(que á nocturnas aves  
le sirven de albergue)  
las casas del pueblo  
de tapias endebles  
que entre hojosas viñas  
ocultas se pierden.

La torre sencilla  
eleva la frente  
sobre anchos cimientos  
y arcadas valientes;  
y la cruz bendita,  
cual faro esplendente,  
señala á los justos  
las sendas celestes.

Campana sonora,  
que agitan y mueven  
traviosos muchachos  
con furor creciente,  
á misa de alba

con toques solemnes,  
que el eco repite,  
convoca á la gente.

Las hoces, que abaten  
el trigo, se sienten  
movidas por brazos  
nerviosos y fuertes;  
y al marido ayudan  
robustas mujeres  
en las fatigosas  
tareas campestres.

En altas hacinas  
ordenados vense  
las haces de trigo,  
que su sombra ofrecen  
al amo rendido,  
si el sueño le vence,  
cuando al medio día  
el calor acrece.

Inquietos rapaces,  
mirando impacientes  
si bebe en la charca  
el ave inocente,  
respirando apenas,  
están sin moverse  
dulces tortolillas  
cazando con redes.

Del manso rebaño,  
que en la charca bebe  
se oyen las esquilas  
sonar suavemente;  
y allá, entre el rastrojo  
de las secas mieses,  
las cigarras lanzan  
*chirrido estridente.*

Pobres campesinos  
doquiera aparecen,  
aguijada en mano,  
guiando sus bueyes,  
que al lejano ejido  
con pausa descienden  
y toscas carretas  
arrastran pacientes.

Es la hora en que el pobre  
al trabajo vuelve,  
sin tristes pesares  
que el alma atormenten,  
sin sentir envidia  
por lo que otro tiene  
y anhelando sólo  
goces inocentes.

Así en las aldeas  
del verano ardiente  
el día caluroso  
risueño amanece.

VIRGILIO COLCHERO.

## El que malas mañas ha...

ÉRASE que se era (¡clásico principio de cuento!) una familia de artesanos compuesta de marido, mujer y dos hijos. Valían éstos un Perú por su bondad y sumisión; la madre, prudente y hacendosa, podía figurar entre las mejores, y al padre no había quién le aventajase en su oficio, ni en laboriosidad, espíritu de orden y hon-

radez; y en esto convenían todos los vecinos del barrio, lo cual no es poco decir.

Sobre tan buenas bases, con elementos tan armónicos parecía natural que la casa del oficial de sastre Felipe y de la corsetera Antonia fuese el albergue de la familia feliz, y no era así por desgracia.

¿Cúya era la culpa? Dejémonos de rodeos y retóricas y vamos al punto de la dificultad. La culpa era del marido.

Por analogía de caso, se nos viene á la memoria la escena de *La verdad sospechosa* en que el padre don Beltrán preguntaba al letrado, ayo que fué de don García en Salamanca, cuáles eran los defectos que en su pupilo había echado de ver, y el interrogado se extendió haciendo grandes elogios del mancebo, encareciendo su valor y su ingenio, su cortesía y liberalidad. Diéronle mala espina al padre tantas perfecciones; insistió en que su hijo debía tener algún defecto, hizo en ello hincapié, y al fin hubo de confesar el letrado que el vicio que dominaba al joven era

no decir nunca verdad.

Reconociendo y ensalzando las recomendables circunstancias del artesano Felipe, nosotros, sin excitación de nadie, confesaremos que deslucía las excelentes condiciones del oficial de sastre un vicio de mayor cuantía,

su intemperancia en beber.

Suelen los adoradores del hijo de Júpiter y de Semele ser violentos, intratables, camorristas y azote de sus familias; pero el bueno de Felipe contradecía la regla general, y es que, como vulgarmente se dice, *no tenía mal vino.*

La fuerza del alcohol jamás alteraba la bondad nativa de su privilegiada naturaleza: así, en lugar de volver á su casa sobrecitado y dispuesto á *echar á rodar los bártulos y á meterse con todo el mundo*, entraba en ella avergonzado y contrito; y aun hubo ocasiones en que se hincó de rodillas delante de su mujer y puestos los brazos en cruz, exclamó trabándosele la lengua:

—¡Pobrecita mía! perdóname, que no sé lo que me hago.

Lloraba la mujer y le contestaba:

—¡Ay, qué desgracia es la nuestra! Si conoces y confiesas que obras mal, ¿por qué no te corriges?

Y murmurando Felipe por lo bajo «no puedo, no puedo,» quedábase dormido como un poste, y al despertar, recobrada la *serenidad*, oía con cristiana resignación las sentidas quejas de la infeliz Antonia y daba siempre por conclusas las reyertas conyugales con un *no lo puedo remediar*, que cerraba la puerta á la esperanza.

Una tarde Felipe y Antonia tomaron como tema de conversación los favores que habían recibido del abogado don Lucas Bueno, en cuya casa había servido Antonia de cocinera antes de casarse, y dijo Felipe:

—Don Lucas es uno de los hombres más cabales que hay en el mundo. Esta casa debiera producirle doble renta que á su padre y no ha querido subir los alquileres á ningún inquilino, y con ser el abogado de más nota de Sevilla cobra honorarios de principiante. Tiene mucha gracia lo que contestó á un compañero suyo que le censuraba por trabajar tan barato. «Mi obligación, dijo don Lucas, es defender á mis clientes, no despellejarlos.» Cree, Antonia, que como don Lucas exigiese algo de mí, le había de servir *de coronilla.*

No cayó en saco roto la afirmación.

Apenas salió Felipe á la calle, dirigióse Antonia á casa de su antiguo amo, y con lágrimas en los ojos le suplicó que *pusiese pies en pared*, aprovechando la influencia que ejercía sobre el bebedor contumaz, y el buen señor, aquella misma tarde, so pretexto de ver unos desperfectos de la buhardilla, entró en el cuarto de Felipe y con habilidad de letrado llevó la conversación por suavísima pendiente al punto que quería tratar, y encarándose con Antonia le dijo:

—¿Conque tu marido al fin se ha enmendado de aquella pícara costumbre?

—¡Ay! no señor, contestó la afligida mujer: no se le ha quitado el vicio: la verdad ante todo.

Planteada la cuestión, don Lucas, en estilo sencillo y familiar, dirigió al sastre una amonestación tan oportuna, elocuente y práctica, que el *procesado* empezó á sudar la gota gorda sin atreverse á levantar la vista del suelo; pero cada vez que el abogado le estrechaba preguntándole por qué no se vencía en bien de sí propio, de su atribulada mujer y de sus inocentes hijos, replicaba «que no lo podía remediar.»

—Porque aprecio tus excelentes cualidades, prosiguió don Lucas, insisto en que debes corregirte de un vicio que te embrutece. El resumen de todo es que de aquí no me voy mientras no me des palabra formal de hacer lo que deseo.

Felipe se encontraba entre la espada y la pared:

—Empeña tu palabra y me marcharé tranquilo.

—Es que la palabra obliga.

—Precisamente, por esto te la exijo. ¿No dices que me respetas y me quieres?

—Bien sabe Dios que por usted daría toda la sangre de mis venas.

—Me contento con mucho menos, con que me des palabra de enmendarte. ¿Eres hombre de honor? Por tal te tengo. Pues bien, dame palabra de obedecerme.

¿Quién es capaz de describir lo que pasaba en lo interior del cráneo del atosigado Felipe?

Hizo un esfuerzo verdaderamente heroico, y mirando á don Lucas con respetuoso encogimiento dijo lo mejor que supo:

—Acabóse la presente historia. Don Lucas, le doy á usted palabra de enmendarme.

—Me basta y me voy tranquilo, porque sé que eres hombre de honor.

—Y que lo diga usted, repuso Felipe. Por de pronto esta noche no saldré de casa, aunque me ahogue la sed.

Antonia no cabía en sí de gozo, y dijo á don Lucas, al despedirlo en la puerta:

—¡Bendito sea Dios! ¡cuántos favores le debemos á usted! ¿Cree usted que Felipe se corregirá?

Don Lucas se encogió de hombros, como diciendo: «Allá veremos.»

Al día siguiente, temprano, salió el bueno de Felipe

hacia el taller, y advirtió que los pies maquinalmente tomaban la dirección de la primera taberna que estaba al paso: se detuvo y exclamó:

—¡Válgame Dios, lo que puede una mala costumbre! Si me descuido me cuelo en la taberna. Ofrecí á don Lucas que no bebería y no beberé.

Pasó por delante de la segunda, de la tercera y de otras varias tabernas y le costó un trabajo ímprobo contrariar su malhadada inclinación: al fin logró vencerse, y al subir la escalera de la casa del maestro, iba más contento que unas pascuas diciendo para su capote:

—Lo veo y no lo creo. La verdad es que don Lucas me ayuda sin saberlo, desde su bufete. El recuerdo de lo que ayer me dijo, sostiene mi resolución. ¿Qué idea formaría de mí si no cumpliera yo la palabra empeñada?

Ya entre dos luces, salió Felipe del taller; volvió á pasar por el mismo camino, y como ésta era la hora en que más se daba á la bebida, tuvo que hacerse mayor violencia para no ceder á los halagos y á los apremios de la pícara tentación. Cruzó por delante de las tabernas, volviendo la cabeza y apretando el paso: hízose el sordo á las voces de un amigo que le convidaba á beber, é iba murmurando en voz baja:

—No te rindas: un hombre de honor es esclavo de su palabra. ¿Qué diría don Lucas, qué diría mi pobrecita Antonia si volviera yo á mis antiguas mañas? No puede ser, no puede ser...

Fué apretando más el paso, y cuando se vió en la puerta de su casa respiró con libertad, como aquel que despierta de una abrumadora pesadilla: cantó victoria y dijo hablando consigo mismo:

—¡Bien, muy bien! Felipe, te has portado como un hombre, y tu gran sacrificio y tu ejemplar conducta merecen una gran recompensa. A Juan Chispas le han traído anteayer un Jerez amontillado, que no lo bebe mejor el Padre Santo de Roma. Vamos á echar unas cañitas.

Apareciósele de repente la imagen severa de don Lucas con expresiva mirada; pero como las pasiones se pasan de taimadas y sutiles, y son más dadas á los *distingos* que la filosofía escolástica, Felipe se defendió diciendo:

—Don Lucas, á ver si nos entendemos: yo me obligué á no beber vino, y el Jerez amontillado de Juan Chispas (como decía mi compadre Vicente el Curtidor), no es vino. ¿Qué ha de ser aquello vino?... ¡Aquello es... esencia para el pañuelo!!! Felipe, sin que te arguya la conciencia bien puedes echar una copa de Jerez amontillado.

Y tomó el camino de la taberna.

Tiene razón el refrán: *El que malas mañas ha, tarde ó nunca las olvida.*

Y colorín colorado, el cuento se ha acabado.

J. FEDERICO MUNTADAS.

Residencia de Piedra, Julio.



Cartuja de Valldemosa

## VIAJE A LAS BALEARES

### MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

**N**UEVA excursión á Valldemosa y Miramar. Espérame junto á la puerta una galera. Son las siete de la mañana de uno de los primeros días de Noviembre. El ambiente fresco y agradable. El sol radiante borda con franjas de oro los elevados muros de la ciudad.

Las calles que atravesamos están silenciosas aún, puesto que en Palma no se madruga mucho, y salimos al campo por una puerta fortificada opuesta al mar. El camino es encantador, blanco hasta el punto de ofender la vista, y se hunde en la llanura indecisa y polvorienta que se abre delante de nosotros hasta perderse de vista en la cadena de montañas que la limita, y se distingue por en medio de verdaderos bosques de almendros.

De un rosado pálido en los puntos bañados por la luz, en las partes sumidas en la sombra toman dichos montes un tinte azulado tan intenso y transparente, que se diría que se reflejan en el cielo en virtud de un fenómeno de miraje ó espejismo.

Al paso que avanzamos, y á medida que el sol los ilumina con más intensidad, los perfiles se ofrecen más decididos, y pueden apreciarse perfectamente sus accidentes y desigualdades.

Acá y acullá, á lo largo del camino, se distinguen blancas alquerías que sombrean cimbreantes palmeras, entre cuyas graciosas ramas se filtran rayos de oro que en amplias y movedizas fajas adornan las fachadas. Ocasiones hay en que no parece sino que cubren una parte de las mismas ricos tapices, en los cuales es el rojo el color dominante. ¡Quién lo creyera! Tales tapices no son más que rojos pimentones, que ensartados en un bramante, como las cuentas de un rosario, se secan al sol entreverados con mazorcas de maíz.

Tales alquerías son las casas de *pagés*, ocupadas generalmente por sus modestos propietarios, las cuales se componen, por punto general, de dos pisos con un tejado de poca pendiente, cuyo alero se adelanta hasta guarecer una galería abierta, en cuyos antepechos se distinguen las guirnaldas rojas y amarillas de que dejo hecha mención, y que les comunican esta fisonomía singular á que me he referido, por la riqueza y magnificencia de su color.

Un seto de pitas y nopales ó chumberas de luengas palas y hojas provistas de espinas, forma un vallado en derredor de dichas casas, ó asomando por encima de las paredes de cerca que corren á lo largo del camino, parecen ofrecer al viandante sus frutos amarillentos ó encarnados según sea su grado de madurez.

La llanura parece un verjel inmenso. Los labriegos, aran sus campos valiéndose de valientes pares de mulas que trazan los surcos por medio del arado en los campos cruzados de almendros, alegrando la faena con el canto dulce y monótono al par de canciones populares.

Vense numerosos algibes, en cuyas aguas se refleja el cielo azul, unidos entre sí por medio de canalizos de riego, que recuerdan el procedimiento árabe.

El naranjo con sus hojas de un verde oscuro y sus frutos color de oro; el granado con sus granadas entreabiertas, cuajadas de granos de rubíes deslumbrantes, alegran la vista y embellecen el paisaje, en el cual abundan también las higueras, en cuyos troncos, desprovistos ya de hojas, se ven los higos de la última florida, conocidos en el país con el nombre de higos de cristiano, para distinguirlos de los chumbos, llamados *higos de moro*.

Dos horas, largas de talle, al trote del robusto tiro, han sido menester para llegar á la región montañosa. Conócese



EN EL «BOUDOIR»  
CUADRO DE ROMÁN RIBERA



EN EL «FOYER»  
CUADRO DE ROMÁN RIBERA

porque el camino va apartándose insensiblemente de la despejada llanura, para perderse en las ondulaciones del terreno y sumirse en una profunda garganta.

Las habitaciones son frecuentes; á los árboles han sucedido los arbustos, entre los cuales he podido reconocer el alcaparro, el mirto, la retama, la estepa blanca, con sus hermosas flores en forma de estrellas, y la aliaga, con sus florecillas amarillas, á las cuales se da aquí el nombre de *lágrimas*.

El almendro desaparece y lo reemplaza el olivo.

Estos árboles centenarios, verdadera providencia de Mallorca por su fruto precioso y abundante, se dice que fueron plantados por los moros. De su remota antigüedad certifican sus troncos robustos, nudosos y retorcidos, que les comunican formas verdaderamente fantásticas. En su inmensa mayoría no son más que un tronco enorme, que termina de pronto por medio de pequeñas ramas; otros se retuercen sobre sí mismos como gigantesca barrera, ó como enormes serpientes que luchan enlazadas: algunos hay que ofrecen todo el aspecto de monstruos repulsivos con piernas gigantescas y rostros repugnantes por sus muecas, que resultan más feos aún que sus gibas é innumerables excrecencias. Muchos hay que llamaron mi atención, porque parecían dispuestos á correr desatentadamente: existen grupos de raíces que se diría están prontas á apalearse, y por último, no faltan grupos que semejan fantásticos monstruos entregados á una danza macabra, en tanto que se deshacen en extravagantes contorsiones y en insensatas carcajadas (véase el grabado de la pág. 505).

El conductor detenía á cada paso sus caballerías para que pudiera contemplar á mi sabor esas extravagancias de la naturaleza, en las cuales, por su parte, se complacía no poco. Por lo que á mí toca puedo decir que encontré en el espectáculo una reproducción viva de esas formas extravagantes que Gustavo Doré ha fantaseado, y que se dirían engendradas por la fiebre del delirio.

Más tarde pude contemplar los mismos olivos á la luz de la luna, y puedo asegurar que nada he visto de más fantástico que esos troncos ostentando sus formas espectrales, influyendo no poco en el sentimiento de terror que producen los temerosos susurros de las brisas deslizándose entre su menguado ramaje.

Ya he dicho que se penetra en la montaña por una garganta; ésta se estrecha de repente y se prolonga á lo largo de dos elevadas montañas, cuyas pendientes se levantan á ambos lados.

A través de las rocas que llenan el fondo corre un manso arroyuelo, cuyas aguas á duras penas se distinguen, siquiera se perciba su grato murmullo.

En cambio en invierno, cuando las lluvias han sido abundantes, esos susurros suaves se truecan en espantosos mugidos, que convierten en sitio espantoso lo que es generalmente lugar encantador.

Luego, prosiguiendo nuestro camino, pasamos al lado de una vegetación frondosa, que en las hondonadas produce todo el efecto de los bosques sagrados, misteriosos y sombríos, y después de haber subido una rápida pendiente, dejando á la izquierda una elevada montaña cubierta de espesos matorrales que se van clareando, al paso que se alejan de la base, hasta el punto de no quedar en la cima más que la roca pelada, nos encontramos con un espectáculo tanto más agradable cuanto menos esperado.

Valldemosa, verdadero jardín de primavera, con su Cartuja que engalana su esbelto campanario de alegres colores, sus casas blancas, sus elegantes palmeras, y que se ofrece de pronto á la mirada del viajero con todo el

esplendor que le comunica su admirable situación, extendiendo sobre las vertientes que el sol dora con sus rayos, sus colores alegres y su vegetación espléndida.

Antiguamente ocupaban este monasterio unos cincuenta religiosos. Los extranjeros ó los simples viandantes podían detenerse en él, y se les dispensaba cariñosa acogida y franca hospitalidad durante tres días, concediéndoseles gratuitamente alimento y habitación en la hospedería, cuerpo del edificio levantado exclusivamente para semejante menester. De tan patriarcal como cristiana costumbre encontraremos ejemplos aún en diferentes puntos de la isla.

Este monasterio fué en su origen fortaleza que mandó construir el rey don Sancho, que durante mucho tiempo residió en ella. En la misma se adiestraban halcones para la caza, que tenían gran nombradía. Un edicto de don Pedro, del 15 de Diciembre de 1375, se refiere á la guarda y conservación de la halconería de Valldemosa. Posteriormente el rey don Martín hizo donación de la fortaleza al P. Pedro Solanes, para que estableciera en ella una comunidad de cartujos, la cual subsistió hasta el año 1835, en el cual, como en toda la península española, fueron suprimidas en Mallorca las órdenes regulares.

Actualmente están almacenadas en dicho edificio no pocas armas, *espingardas* ó grandes arcabuces y algunos falconetes. En esta aldea murió la *beata Catalina Tomás*, cuyo cuerpo se conserva en Santa Magdalena de Palma, de cuyo convento fué religiosa.

En las cercanías existe una cantera de precioso mármol rojo y amarillo.

En la Cartuja de Valldemosa pasaron un invierno Chopin y Jorge Sand. Y en tanto que las lluvias azotaban los vidrios, y el viento gemía en los sombríos corredores del abandonado monasterio, el músico, atacado de la enfermedad que al cabo de poco tiempo debía conducirle al sepulcro, trasladaba al papel en forma de sonatas las dulces y melancólicas armonías que inundaban su alma, y la escritora componía su tenebroso *Spiridión*, en el cual, envueltos y confundidos, se perciben el ambiente de la tempestad y los principios de una filosofía disolvente.

No cesó la adversidad de perseguirles en este sitio no menos admirable que solitario, y los mallorquines fueron con ellos poco hospitalarios. En cambio el músico y la escritora pudieron disfrutar el espectáculo de algunos días radiantes, durante los cuales la naturaleza desplegó á sus ojos todos los encantos y maravillas de que tan pródigos son estos lugares, sirviendo esto de compensación á sus acerbos dolores.

Pero con haber pasado aquí un invierno entero no se conserva memoria de su permanencia entre los habitantes de Valldemosa.

En vano quise conocer las celdas que ocuparon; nadie supo darme razón de ello; ni los más viejos se acordaban de haber visto á tales personas. ¿Qué había sido de aquella Perica de Pier-Bruno, de la cual habla Jorge-Sand con tanto cariño? Suponiendo que no haya muerto, debe de estar muy anciana, y nadie pudo darme cuenta de ella... Lo único que pude averiguar es que el piano en que fueron tocadas las dulces y armoniosas sonatas que conoce el mundo entero, se encuentra en Palma en poder de una persona que lo tiene en grandísimo aprecio.

Desde la Cartuja se domina el mar por dos lados distintos. Por la puerta del Mediodía se despliegan hasta la ardiente llanura las montañas, y allá á lo lejos, en los últimos confines de la misma, aparece Palma como un

punto luminoso y brillante, destacándose sobre una faja azulada constituida por las aguas del Mediterráneo.

En cambio por la parte del Norte se hallan éstas tan cercanas, que en los días de tempestad se perciben perfectamente sus bramidos.

Las últimas casas de Valldemosa tocan á un collado, desde el cual el camino se despliega á través de campos perfectamente cultivados, en los cuales crecen olivos de añosos y robustos troncos.

De repente se ofrece á las miradas un espectáculo verdaderamente encantador: extiéndese á lo lejos el mar azul, que puede contemplarse al través de un marco formado por bosques frondosísimos.

La costa septentrional es, sin duda alguna, la más pintoresca de toda la isla, pues en ella se encuentra reunido lo que tienen de más característico, su vegetación y sus pintorescos puntos de vista.

Más arriba de la *hospedería*, especie de gratuito alber-



El ermitaño de Miramar

gue que sostiene á sus costas el archiduque de Austria, Luis Salvador, para que en ella tengan hospedaje los caminantes y los viajeros, se encuentra el ermitorio, cuya guarda está confiada á un ermitaño, como debieron serlo los de la Edad Media, enflaquecidos por las mortificaciones y el ayuno, consumidos por el ardor de sus creencias; pero fuertes para resistir todos los embates de la vida. Sólo turban el profundo silencio de ese lugar solitario los mugidos del mar en días de tempestad, el triste gemir del vendaval y los gritos estridentes de una que otra ave de rapiña.

Traspuesta la *hospedería*, prolóngase el camino por la ladera del monte, sobre una elevada cornisa, y siguiéndolo constantemente se llega á Miramar.

Es Miramar, que está algo más lejos, la residencia favorita del archiduque. Su situación es por todo extremo incomparable; pues se asienta sobre un enorme peñasco que avanza sobre el mar, cuyas olas, á una profundidad inmensa, se estrellan contra su base.

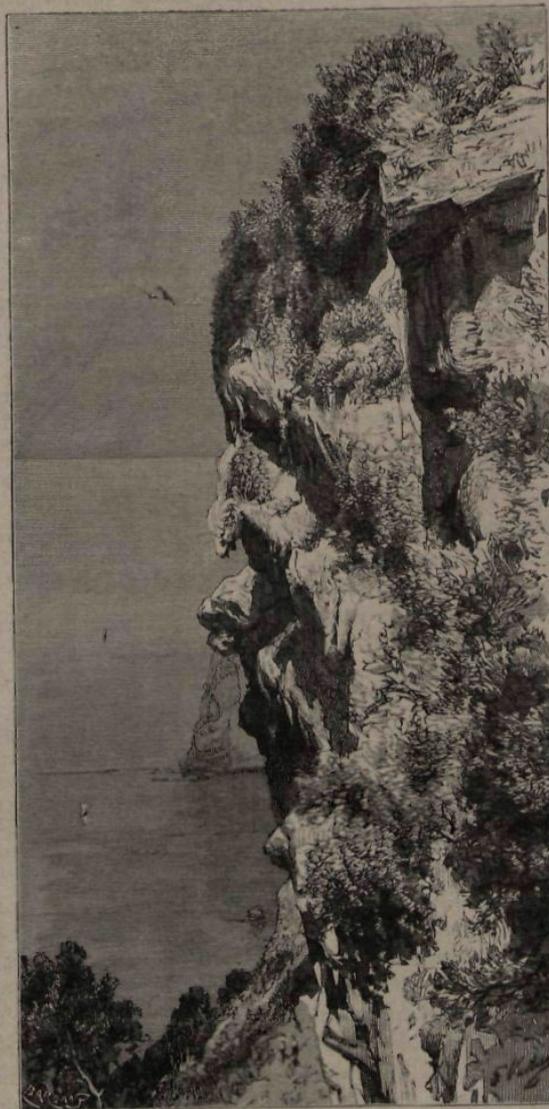
La costa es escarpada, llena de accidentes y de precipicios: «escarpada y horrorosa, sin abrigo ni resguardo,» dice Miguel de Vargas.

Estas playas, erizadas de enormes peñascos perpendiculares, de color sangriento, en los cuales crecen pinos

tortuosos, desmedrados, que parecen contemplar llenos de horror el profundo abismo sobre el cual se hallan suspendidos, son testigos de espantosas tempestades.

Las hinchadas olas sacudidas por el frío viento del Norte ó del Oeste cargado de plúmbeos nubarrones, azotan sin tregua ni descanso las escarpadas peñas, que quedan bañadas por los repetidos golpes del mar salobre.

Buques pequeños y hasta embarcaciones de gran porte han zozobrado en estos peligrosos sitios, sin que el resto



La costa del Norte

más insignificante haya quedado como mudo testimonio de la catástrofe horrenda.

Hoy es muy distinto el espectáculo. En esta hermosa mañana de un tibio día de invierno, en que el ambiente está impregnado de los efluvios marinos y de los embriagadores perfumes de aromáticas plantas, el sol dora las cimas de las encinas añosas y de los pinos seculares; la brisa mece cariñosa las ramas de los arbustos cubiertos de flores; los pájaros cantan gozosos en las enramadas; celajes tenues de oro y grana se deslizan suavemente sobre la tersa y azulada superficie del cielo, cual si pretendieran acariciar las cimas de los montes, y el mar susurra suavemente como dormido, perdiéndose á lo lejos su línea vaporosa en los confines de la inmensidad.

Miramar es un oasis en este desierto, en medio de estas

costas bravas y acantiladas, cuyos rojizos peñascos levantan hasta las nubes sus bizarras cimas.

El archiduque Salvador se hallaba ausente: hasta el día siguiente no podía verle, según me indicaba en un expresivo billete de invitación; pero esto no era obstáculo para que pudiera visitar su regia morada, y contemplar en ella sus bellísimas colecciones, en las cuales son motivo de fundada admiración, preciosas majólicas de incomparable belleza, platos de Savona, armas, velones de varios candiles, aguamaniles cincelados, camas mallorquinas con retorcidas columnas, delicados cofrecillos y bufetillos preciosamente torneados.

Cuando dejé las salas en que se hallan instaladas las colecciones, pude disfrutar un espectáculo deslumbrador. Las palmeras cimbrean sus ramas elegantes, acariciadas por los besos de las brisas, sobre las blancas azoteas que parecen suspendidas encima del mar, al paso que los naranjos y limoneros llenan el ambiente con los perfumes de sus flores y con la fragancia de sus frutos de oro, bajo cuyo peso se doblan las robustas ramas. La campana de la capilla deja oír su son armonioso, y los restos del claustro de Ramón Llull elevan sus delgadas columnitas sobre un fondo de flores y de verdura.

La calma, el silencio, la tenue neblina que cual velo de finísima gasa envolvía la costa bravía y escarpada, los juegos de luz roja ahora, ora dorada que se filtraba al través de los peñascos, teníanme como ensimismado y seducido.

Desde el sitio en que me hallaba dominaba por completo la rápida pendiente, ó más bien el abismo insondable que se abría bajo mis pies.

El archiduque ha puesto especial empeño en conservar á esta naturaleza todo su horror y toda su poesía, y al efecto, y á fin de que pudiera disfrutarse cómodamente el espectáculo de precipicios inmensos, ó de lejanas perspectivas, ha practicado y abierto sendas y caminos en medio de la peña viva y de pendientes escarpadas. En suma, ha querido al par producir encanto y terror.

Para ello nada ha omitido, llevando las cosas hasta tal punto, que no toca, ni consiente que se toquen las ramas muertas que, blancas y retorcidas, se distinguen en algunos árboles, ó caídas al pie de los mismos. Propietario de bosques inmensos, compra la leña que necesita: el árbol morirá y sucumbirá al peso de sus años, y sus muertas raíces enlazarán aún como culebras monstruosas las desnudas rocas que han contemplado el paso de los siglos; el musgo reverdecerá en cada primavera sobre las peñas, hasta tanto que con espantoso ruido rueden á las profundidades de los abismos ó se sepulten en la inmensidad del mar, precipitándose desde lo más alto de la costa, empujadas en invierno por el airado vendabal.

Estos sitios son objeto de todas las ternezas y de todos los furios del mar. Desde la hospedería, por medio de senderos practicados entre las anfractuosidades de las rocas, hasta las escaleras practicadas en la peña viva, la mayor parte del tiempo ofrecen el aspecto de paraíso sombrío, en el cual murmuran dulcemente manantiales profundos: miradores practicados en los mejores sitios permiten contemplar al par la inmensa alfombra azul, las costas bravías y escarpadas, los pinos negros y silenciosos, las pequeñas ensenadas y los accidentes todos de esta naturaleza selvática que se despliega debajo del espectador, en tanto que á sus espaldas se yergue la abrupta montaña cuyas cimas doran los rayos del sol.

Declinaba éste hacia el horizonte, y ascendiendo yo á lo largo de caprichosos senderos, desde los abismos sumi-

dos ya en densa oscuridad, encaminéme hacia la hospedería de los viajeros.

En ella podéis descansar, ¡oh vosotros que cruzáis el camino!

En conformidad á una piadosa costumbre que, según se me ha dicho, se halla aún viva en Tierra Santa, encontraréis una mesa cubierta con limpio mantel, platos rameados, vasos, cubierto de palo, agua fresca, sal, aceitunas, aceite y lugar en la lumbre, amén del lecho, cosas todas que son de gran pro para el cansado viajero. Sin esto, y durante la velada, podéis contar con la luz procedente de un antiguo velón de varios mecheros.

En cuanto ponéis en ella el pie podéis tener la seguridad de que os recibirán con la mayor cortesía, y hasta con la sonrisa en los labios las bondadosas mujeres encargadas del cuidado de la hospedería, que además conducirán vuestra cabalgadura á la cuadra, ó al cobertizo el carruaje en que hayáis venido.

Con el mismo afecto y solicitud guisarán, por ejemplo, los pimientos y las cebollas que el menos favorecido por la fortuna traerá en su zurrón, y comerá luego con verdadero placer, incitado por el aperitivo de la corambre, y la salsa de la sartén, acompañado todo con los mendrugos de su pan moreno, que el pollo ó la perdiz que saque de sus alforjas el viajero más acomodado. En cambio, por lo que al lecho se refiere, todos serán iguales: sábanas limpias y blancas como el ampo de la nieve, y en invierno tupidas mantas, además, para defenderse del rigor del frío.

Y todo esto durante tres días con sus noches; mas transcurridas éstas no cabe otro remedio que ceder el puesto á otros viajeros.

Pero llegado este instante, partiréis, como á mí mismo me ha sucedido, escuchando afectuosos votos para que continuéis con toda felicidad el comenzado viaje, y llevando grabado en vuestro corazón un dulce recuerdo de esta hospitalidad, más propia de otros tiempos que no de estos prosaicos y materializados en que vivimos.

No hay para qué decir que debéis guardaros muy mucho de ofrecer la más mínima recompensa pecuniaria por los servicios recibidos, porque sería rehusada por las que saben que todo allí debe ser gratuito y por amor de Dios.

¡Qué nobleza é hidalguía en esas sencillas costumbres, y al propio tiempo qué elocuente enseñanza para nosotros que blasonamos de archicivilizados, y sin embargo, no ponemos mientes en el pobre y el viandante que no tienen techo bajo el cual puedan guarecerse, ni hogar en que calentar sus miembros fatigados y ateridos!

C. V. DE V.

(Continuará).

## NUESTROS GRABADOS

### Un bebedor

CUADRO DE ROMÁN RIBERA

El artista, autor de los cuadros que reproducimos en este número, tiene, por un lado en sus obras pictóricas el vigor y la manera de interpretar el natural propio de los pintores flamencos antiguos, y por otra, la distinción, la elegancia y el *modernismo* que en mayor grado puedan notarse en los pintores franceses é italianos que más se ajustan á las corrientes del día. En ciertos cuadros, de asunto flamenco ó con trajes de la Flandes, diríase que Román Ribera se va tras de las huellas de Franz Hals y de los pintores más famosos de su época y que existe en ellos aquel modo de ver y de copiar el natural, tan verdadero y tan preciso al par, ya

que no se perdona en él detalle alguno que pueda conducir á la mejor caracterización del tipo ó personaje retratado. Nada de alardes de pincelada, ni de brochazos puestos adrede para hacer gala de facilidad; nada de recursos convencionales, que si agradan de momento, cansan luego tan pronto como se ha descubierto la *ficelle* de la ejecución, según dicen nuestros vecinos transpirenaicos. Es una pintura ó un estilo que podría llamarse austero, si la elegancia del desempeño y la encantadora armonía del colorido no le imprimiesen una riqueza opuesta á la mencionada calificación. Román Ribera, lo repetimos, no busca efectos, sino la verdad, procede á la manera del maestro que hemos citado, con algo, á veces, de Holbein, si bien con menor sequedad de la que se nota en este admirable artista. Los rostros, las manos de sus figuras salen modeladas y cobran relieve con una sobriedad portentosa en los efectos de claro oscuro, las cuales mueve y anima por medio de contados toques dados con gran maestría. *Un bebedor*, que va al frente de este número, es prueba de lo que afirmamos. Valientemente pintado, brilla por su carácter y por su expresión y es una de esas obras, medio en esbozo, medio acabadas, en las que se revela la personalidad de un artista.

### En el «boudoir»

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

Viene aquí de molde recordar lo que hemos dicho sobre la elegancia con que interpreta Román Ribera los asuntos del día. Véase este cuadro y dígasenos si puede pedir más la dama entendida en el arte de emplear con gusto las coquetonas seducciones de la moda. Esta obra parece arrancada por medio de la fotografía de un elegante *boudoir* de nuestros días, á bien que la fotografía no daría nunca un conjunto tan hábilmente dispuesto, una agrupación tan artística como la que aparece en el cuadro. La inteligencia del artista lo compuso reuniendo datos sacados hábilmente de la vida real. Todo en él está pintado de una manera soberbia, con gusto refinado, con pormenores que merecen el más entusiasta elogio. ¡Qué cabeza tan bien perfilada y tan deliciosamente modelada tiene la dama sentada en el *boudoir* pronta á dar el último toque á su *toilette*! ¡Qué expresión en la cara, y sobre todo en los ojos! ¡Qué bien interpretado el abrigo que ya lleva puesto, para tomar en seguida el carruaje y dirigirse al baile! ¡Cuán bien distribuidos y cuán bien pintados los muebles que forman aquel lujoso fondo, sobre todo el lindísimo tocador Luis XVI! Román Ribera atiende también á estos detalles, y si ha de proclamársele maestro en pintar una testa, iguales lauros han de concedérsele cuando reproduce con asombrosa exactitud los cambiantes del terciopelo y del raso ó la finísima suavidad de las pieles. De ahí la grata armonía que se nota en sus pinturas, todas apropiadas para decorar salones y gabinetes.

### En el «foyer»

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

Otra producción elegante, en la que preside la moda, mas sin afectación, sin propósito de que el figurín predomine sobre la obra de arte. Otra cabeza como la anterior finamente pintada, que rebosa vida y expresión. Hállase en el salón de descanso del teatro la señora pintada por Román Ribera, antes ó después del baile, probablemente antes, puesto que lleva la máscara en la mano, colocado el abrigo para resguardarse del frío, ya que en el *foyer* no reina nunca la elevada temperatura de la sala de espectáculos ó de baile. Hay donosura en las líneas de la dama que se ve en el cuadro, y lo propio en las que forman el traje, en el cual sobresale el abrigo con guarnición de pieles. La fototipia da idea en este cuadro, como también en los dos anteriores, de la elegancia con que maneja el color Román Ribera y de su factura firme y pastosa que se advierte principalmente en las carnaciones. Contemplando *En el foyer* se verá de nuevo con cuánta razón hemos dicho que el referido artista, teniendo cualidades y méritos que recuerdan á los antiguos pintores flamencos, es también uno de los primeros, en España y fuera de ella, en interpretar con gran colorido de época asuntos sacados del mundo elegante de nuestros tiempos, presentando la señora de hoy con todos los refinamientos de la moda.



La palabra italiana *opera* significa obra, y sirve para designar toda clase de obras dramáticas en las cuales la poesía y la música se prestan mutuo auxilio. La ópera se dirige al alma por la pintura de las pasiones; al oído, por la armonía de los versos y de la música; y á la vista, por la magnificencia y variedad de las decoraciones, los bailes y pantomimas de todas clases. En la ópera sería el canto no se interrumpe nunca por el verso. En cuanto al asunto, la ópera sería es á la ópera cómica lo que la tragedia es á la comedia. Los italianos conocen con el nombre de ópera bufa una especie de ópera cómica en la que muchas veces no se interrumpe la música, pero que la caracteriza siempre la presencia de un personaje jocosamente llamado *bufo*.

La ópera tiene su origen en Italia y su antigüedad no puede buscarse más allá del siglo xv. Fr. Boverini compuso en 1486 una ópera cuya letra era de J. Sulpicius de Verulano; Em. del Cavaliero inventó en 1570 el recitado, y por fin en 1597 representóse en Florencia el primer drama musical en regla. Ottavio Reinoccio compuso el libreto y Giacomo Peri la música. La primera ópera bufa fué representada en Venecia en el año 1624. La primera tragedia lírica representada en la escena francesa fué *Cadmus et Hermione*, de Quinault y Sulli, en 1673. En Inglaterra se introdujo en el siglo xviii la ópera italiana, y en España en la segunda mitad de dicho siglo. La ópera cómica tiene su origen en París.

Entre los artistas que más se han distinguido en la composición de óperas, pueden citarse: como poetas á Quinault, Campistron, Fontenelle, Lamotte, Cahuzac, J. J. Rousseau, Le Sage, Piron, Yavarts, Sedaine, Marssollier, Yoni, Scribe, Romani, Piave y otros; y como compositores, Sulli, Rameau, Mendonville, Gluck, Piccini, Grétry, Monsigny, Duni, Pasiello, Sacchini, Mozart, Haydn, Lesueur, Weber, Spontini, Delayrac, Rossini, Cherubini, Boïeldieu, Nicolo, Herold, Bellini, Meyerbeer, Donizetti, Verdi, Auber, Halevy, Ad. Adam, etc., y modernamente Wagner, Gounod, Bizet, Thomas, Boito, y otros.

\* \* \*

Un ignorante ingrato y descarado, obtuvo en la Universidad de Reims el grado de maestro en artes. Sorprendido de la facilidad con que le habían aprobado los ejercicios, va á encontrar al decano de la facultad de filosofía y le dice:

— Señor decano, ya que he de permanecer algunos días más en Reims, quisiera aprovechar la ocasión y hacer graduar á mi caballo.

— Amigo mío, no puede ser (le contestó el decano); ¡aquí no podemos graduar más que á los burros!!

\* \* \*

Tuvo uno que hacerse afeitarse, por su desdicha, en un pueblo de la Sierra, y díjole al rapabarbas:

— Si afeitado usted, lo hace usted condenadamente; si desuella usted, lo hace usted con tal cual miramiento.

\* \* \*

Avisaron al intendente de la marina de Brest, que se había pegado fuego á la oficina de \*\*\*.

— ¡Ah! ¡ya sé, ya sé! exclamó, es el comisario N... que rinde cuentas.

\* \* \*

En todo canto de piedra ó de mármol siempre se encuentra una bella estatua (decía un italiano), ¡la dificultad está en sacarla de allí!

\* \* \*

Mr. de Besmaux presentó cierto día uno de sus parientes al cardenal Mazarino, prometiendo á este señor ministro que el recomendado no tenía que decirle más que dos palabras.

— Si no son más que dos palabras, le oiré; pero cuidado que no tengo tiempo de oír una palabra más.

Mr. de Besmaux introduce á su pariente, advirtiéndole que el ministro le había concedido la audiencia bajo condición de no decirle más que dos palabras.

— Está bien, no diré más, dijo el recomendado.

Y en efecto, entra en el salón y dice al cardenal:

— Señor, ¡frio y hambre! (El caso sucedió en el corazón del invierno).

Y el cardenal contestó:

— *Leña y pan.* E hizo que le dieran un cuantioso socorro.

\* \* \*

Un oficial gascón, pidiendo sus pagas atrasadas á un ministro de la Guerra, acabó por afirmar que se estaba muriendo de hambre. El ministro, viéndole con grandes *mofletes y muy colorado*, le contestó que su cara desmentía su aserto.

— ¡Oh, mi general! exclamó el gascón; no os engañe esta cara porque no es mía, pues la debo á la patrona, la cual hace tres meses que me mantiene á crédito.

\* \* \*

Reprendían á san Luis, en Egipto, porque se exponía á contagiarse visitando á sus soldados invadidos de la peste.

— ¡Dejadme! contestó el santo rey; ¡bien puedo exponer una vez mi vida en obsequio de los que diariamente la exponen por mí!

\* \* \*

— Un desafío es para mí mucho más peligroso que para otro cualquiera, decía un andaluz; sea cual fuere la parte en que me den, la herida será mortal, porque todo yo soy corazón.

\* \* \*

Si se quiere evitar que los gorriones causen perjuicios en la cosecha, plántese en el centro del espacio que se quiera proteger una pértiga á cuyo extremo debe colocarse horizontalmente un palo con un hilo ó cordel que mantenga en suspenso una placa de hierro blanco que sea nueva.

Por poco viento que haga, la placa da vueltas, refleja los rayos solares en todas direcciones y espanta á los gorriones que no tardan en abandonar aquel sitio.

\* \* \*

Para volver los tejidos impermeables disuélvase cuatro onzas de jabón blanco de Marsella en seis azumbres

de agua de lluvia hirviendo; en otras seis azumbres de agua se disolverá también el tercio de libra de alumbre, y elévense estas dos disoluciones, por separado, á la temperatura de 60° Reaumur. Métanse una y otra vez los tejidos en el agua de jabón, y de ésta pásense sin interrupción á la de alumbre, y por fin déjense secar al aire.

Para las telas de algodón se necesita doble cantidad de ingredientes para la misma agua; para los de hilo y el papel triple, y para seda cuádruple.

\* \* \*

Cuando, por casualidad, la adulación deja de conseguir su objeto, no tiene la culpa ella, sino el adulador.—LÉVIS.

\* \* \*

¿Sabes por qué aborrecemos tanto á los avaros? porque nada podemos sacar de ellos.—V.

\* \* \*

Si muriese la hipocresía, lo que llamamos *modestia* debía vestir por lo menos de medio luto.—PETIT-SENN.

\* \* \*

La cólera empieza por la locura, y acaba por el arrepentimiento.—MÁXIMA DE LOS ORIENTALES.

\* \* \*

El hombre se fastidia de lo bueno, busca lo mejor, encuentra lo malo, y se conforma por miedo de dar con lo peor.—LÉVIS.

\* \* \*

La gloria de los hombres célebres debe medirse siempre por los medios de que se valieron para adquirirla.—LA ROCHEFOUCAULD.

\* \* \*

En el templo del favor todo es grande, menos las puertas: éstas son tan bajas, que hay que entrar arrastrándose.—LÉVIS.

\* \* \*

Por corridos que estemos, por mucho que sea el oprobio que hayamos merecido, casi siempre es posible rehabilitar nuestra reputación.—LA ROCHEFOUCAULD.

\* \* \*

El hombre emplea su vida en discurrir sobre lo pasado, en quejarse del presente y en temblar por el porvenir.—RIVAROL.

\* \* \*

Los más de los hombres emplean media vida en prepararse la infelicidad de la otra media.—LA BRUYÉRE.

\* \* \*

Una injusticia hecha al individuo es una amenaza hecha á toda la sociedad.—MONTESQUIEU.

\* \* \*

Los pueblos más sabios de la antigüedad (los persas los lacedemonios, los atenienses) admitían en justicia las demandas de acción contra los ingratos.—LA BRUYÉRE.

\* \* \*

La burla y el ridículo son, entre todas las injurias, las que menos se perdonan.—PLATÓN.



LAS FUERZAS MISTERIOSAS

No poco se habló de la llamada *Niña eléctrica*; y sin pretender negar la parte que en los fenómenos á que nos referimos puedan tener las fuerzas misteriosas de la naturaleza, todavía no bien conocidas, señalaremos aquí dos experimentos de los que más llamaron la atención en



América y Europa, realizados por la célebre *niña*, y que por su sencillez y buen efecto pueden sin inconveniente verificarse en cualquier reunión sin necesidad de otros aparatos que un palo y una silla.

Al efecto se recomienda á dos caballeros de notoria



robustez que abarquen con sus manos el palo en la disposición que marca la figura que acompaña á estas líneas; la *niña* ó quien quiera sustituirla, coloca su mano abierta y hacia adentro en la extremidad inferior del bastón, y á pesar de cuanto hagan los *forzados*, no lograrán hacer resbalar por la mano de la *niña* el bastón que ambos tienen asido.

Esto consiste en que la *niña* empieza á hacer resbalar su mano á lo largo del bastón, apoyando ligeramente y aumentando poco á poco su presión hasta lograr que el palo quede en una posición oblicua. Entonces recomienda á los caballeros que empujen *verticalmente*, y como la pa-

lanca que actúa movida por las manos de los caballeros tiene el brazo muy corto, mientras que la de la *niña* es muy superior á aquél, basta un pequeño esfuerzo de ésta para contrarrestar el de sus contrincantes que resulta completamente inútil.

El experimento de la silla es aún más fácil de ejecutar: todo consiste en la disminución del peso que gravita encima del asiento, logrado por medio del alejamiento del centro de gravedad. La *niña*, ó quien haga sus veces, encarga á una persona robusta que se siente en un sillón ligero y apoye los brazos con todas sus fuerzas para aumentar el peso; y así se logra disminuirlo, porque el movimiento natural de cualquier persona á la que se hace tal encargo, consiste en levantar el cuerpo con el pretexto de apoyar los brazos fuertemente en el sillón: las demás personas que en las posiciones marcadas en el grabado están sentadas fuera del sillón, sirven para aumentar la dificultad sólo en apariencia, pues hacen alejar de la resistencia el centro de gravedad. Entonces basta un ligero esfuerzo para hacer mover toda la masa y el experimento es muy curioso.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

PA-TO

Al rompe cabezas:

DALIA GARDENIA ROSA

CHARADA EN PROSA

(DESCIFRADA RESULTA VERSO)

Prendado está de *primera dos prima*, mi buen amigo *todo*; sólo por ella suspira, y es *primera tercia* porque yo *dos tercera* que enojada ella lo *dos primera*.

ÁNGEL SUERO, de Sevilla.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 Consonante.
- 6 8 Nota musical.
- 2 9 8 Nombre de mujer.
- 6 7 6 2 Flor.
- 4 5 6 7 8 Nombre de mujer.
- 4 2 3 1 5 9 »
- 4 5 4 7 6 7 8 »
- 1 2 3 4 7 8 9 2 »
- 1 8 3 4 5 6 7 9 8 »
- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 Nombre de varón.
- 4 2 3 4 5 6 5 3 0 Empleo.
- 4 0 1 5 3 4 7 0 Industria.
- 2 3 8 4 5 6 7 Nombre de mujer.
- 3 8 1 0 9 2 »
- 1 8 3 7 2 »
- 2 1 8 3 Verbo.
- 1 8 3 Parte de nuestro planeta.
- 1 7 Nota musical.
- 0 Vocal.

D. D.

ROMBO

\*  
\* \*  
\* \* \*  
\* \* \* \*  
\* \* \* \* \*

COMBINACIÓN

D I . . . . .  
O . O . . . . .  
L . N . . . . .  
O . . . I . . . .  
R . . . . S . . . .  
E . . . . . I . . . .  
S . . . . . O . . . .

Sustituir los asteriscos por letras de modo que resulte: 1.<sup>a</sup> línea horizontal, vocal; 2.<sup>a</sup>, letra; 3.<sup>a</sup>, nombre de mujer; 4.<sup>a</sup>, parte de la tierra; 5.<sup>a</sup>, jefe muy temido en la antigüedad; 6.<sup>a</sup>, ave acuática, y 7.<sup>a</sup>, vocal.

E. L. DE G., de Barcelona.

Sustituir los puntos por letras de manera que den los siguientes resultados: 1.<sup>a</sup> línea, algo que brilla; 2.<sup>a</sup>, villa de la provincia de Toledo; 3.<sup>a</sup>, nombre de hombre; 4.<sup>a</sup>, id., id.; 5.<sup>a</sup>, acción de viajero; 6.<sup>a</sup>, verbo, y 7.<sup>a</sup>, nombre de hombre.

JULIÁN ITRAME.

# BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO

COLECCIÓN DE OBRAS ESCOGIDAS

DIRECTOR:

Dr. J. Corominas y Sabater

Obras publicadas y en venta

La Terapéutica antiséptica, por el Dr. Trouessart.  
Tratamiento de la fiebre tifoidea, por el Dr. Juhel Rénoy.  
Patogenia y tratamiento de las nefritis y del mal de Bright, por el Dr. Labadie-Lagrave.  
Neurastenia, por el Dr. A. Mathieu.

En prensa

Tratamiento de la tisis pulmonar, por el Dr. G. Daremberg; 2 tomos.  
De la esterilidad en la mujer y su tratamiento, por el Dr. de Sinety.

En preparación

La Difteria, por el Dr. H. Bourges.  
La Bronco-pneumonia, por el Dr. E. Mosny.  
Úlcera del estómago, por los Dres. G. M. Debove y J. Renault.  
El Raquitismo, por el Dr. Comby.

La BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO se publica por tomos de 200 á 300 páginas, en 8.º, apareciendo un tomo cada mes, al precio de 3'50 pesetas en rústica, y 5 pesetas con piel negra, flexible, canto superior dorado y rótulo de la misma clase.

## Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

## MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



# WERTHEIM

### LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR  
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4.º, impreso con papel superior y tipo larso y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.

Dr. C. Krauch

POR EL

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS



Límpiese la Sangre con la Zarparrilla del Dr. Ayer, que es el alterante de más confianza que jamás se haya compuesto. Para la escrófula, diviesos, úlceras, llagas, carbuncos, granos y todos los desarreglos provenientes de sangre viciada, esta medicina no tiene rival. Como tónico la

## Zarparrilla del Dr. Ayer

ayuda á la digestion, estimula el hígado, refuerza los nervios y vigoriza el cuerpo cuando se halla debilitado por fatiga ó enfermedades. Mucha gente malgasta el dinero probando compuestos cuya principal recomendacion parece ser su "baratura." Las medicinas excelentes y de confianza no pueden obtenerse á bajos precios; y sólo se venden al pormenor á un precio moderado, cuando el químico fabricante se proporciona las materias primas en grandes cantidades. Es por consiguiente una economía el tomar la Zarparrilla del Dr. Ayer, cuyos valiosos componentes se importan en grande escala de las regiones en donde esos artículos son más ricos en propiedades medicinales.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E.U.A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Ha curado á otros, le curará á usted.

## MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

### AGUAS MINERALES DE LA PENA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

# SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japon y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.